

cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército de Cataluña; logró rendir las plazas de Cartagena y Santiago, y pudo pacificar á Galicia. Todos esos importantes servicios le fueron recompensados con la cruz laureada y el nombramiento de mariscal de campo.

En vista de los trabajos realizados por este ilustre general durante su permanencia en Cuba, le otorgaron el título de marqués de la Habana, y á su regreso, en 1867, le confrieron el puesto de capitán general de Valencia, y posteriormente el de director del Cuerpo de Artillería y el de embajador de España en Francia.

Nombrado ministro de la Guerra, supo imponer sus proyectos, hijos de la práctica y del estudio, hasta que en 1868 ascendió á capitán general y desempeñó también la presidencia del Consejo de ministros, en período difícilísimo, como fueron los últimos meses del reinado de Isabel II.

Restablecida otra vez la familia de los Borbones en el trono de España, fué nombrado capitán general de la isla de Cuba, de donde regresó en 1875 para hacer frente á las tropas del pretendiente.

Sus últimos años se dedicó por completo á la política del partido de Sagasta, que le nombró presidente del Senado.

Falleció en Madrid.

ADOLFO POLUE.

EL SECRETO DEL MÉDICO

(Cuento con moraleja.)

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, ni es preciso para referir el cuento, quiso ejercer su carrera un pobre muchacho médico, soñando en grandes ganancias por ser hijo de aquel pueblo.

—¿Quién me negará su iguala—

—pensó el incauto manchego,—

si muchos de los vecinos

son mis parientes y deudos

que de estudiante elogiaban

mi aplicación y talento?

Poco duraron aquellas

ilusiones de aquel crédulo,

pues con la ruda franqueza

de los más rudos labriegos

le demostraron que á todos

merecía poco crédito.

—Ya ven ustedes,—decía

el boticario,—ese necio

me prescribe cada fórmula

que yo mismo no la entiendo.

—¿Qué curas quiere usted que haga—

replicaba el pregonero,—

si cuando era aquí chiquillo

no sabía el Padrenuestro?

—Si todo lo que ese cura—

agregaba un *sabio viejo*,—

nos lo curamos nosotros

con tomillo y con romero!

Y en fin, aquel desgraciado

tuvo que salir del pueblo,

calumniado, escarnecido,

y sin fama y sin dinero.

Pasaron bastantes años

desde que ocurrió el suceso,

y á aquel lugar de la Mancha llegó un doctor extranjero precedido de envidiable fama, que nunca tuvieron Hipócrates, Avicenas, Averroes y Galeno.

«Este lo curaba todo, desde la rabia hasta el muermo, y eran grandes panaceas todos sus medicamentos!

Hubo á su llegada música, disparos de armas de fuego, un repique de campanas y voladores á cientos, pues jamás se hizo á un cacique tan grande recibimiento.

Suplicando una consulta que pagaban á buen precio, iban todos los dolientes á casa de aquel maestro, que los recibía á todos en un obscuro aposento, para revestir su ciencia de más extraño misterio.

Cierto día pudo verle, por descuido, uno del pueblo y reconoció asombrado en el doctor, á aquel médico que años atrás se marchara del lugar pobre y sin crédito.

—Pero, Juan, ¿á qué se debe este milagro estupendo?

—Ayer médico tan malo y hoy doctor de tanto mérito!

—El milagro es bien sencillo: Mientras fui *doctor manchego* suponían en la Mancha

que en su tierra nada es bueno, y hoy me confían sus vidas por creer que vengo de lejos.

Moraleja: Los que elogian por sistema lo extranjero,

despreciando lo de casa, pueden aplicarse el cuento.

LUIS GONZÁLEZ CANLO.

PÁGINAS SUELTAS

EL DESCANSO

Llegamos á uno de los pueblecillos inmediatos á la capital.

El capitán de la compañía hace las advertencias necesarias para que los soldados se alojen con el mayor orden, y nos distribuimos en parejas por las casas del pueblo.

Uno de los soldados toma la guitarra y con regocijo de todos comienza la alegre sonata de Aragón, la insustituible jota.

Catalanes y aragoneses, castellanos y gallegos, todos bailan, bromean y rien, y á los acordes del alegre vals, de la cadenciosa habanera ó bien al compás de la incomparable jota, nadie parece recordar el cansancio de la jornada y el calor asfixiante del mes de Julio...

En la Virgen de la Vega he comprado una fauquica, para matar al mozo que ronda tu callejuela.

Con el eco de las últimas notas del cantar se confunde el toque de llamada del corneta de órdenes... Tomamos nuestros fusiles y precipitados marchamos á for-

mar, pensando en la distancia que nos separa del cuartel con tristeza y recordando la alegre tarde pasada en compañía de aquellas lugareñas, amables y sencillas que tan bien nos habían recibido, y deseando la llegada del nuevo día para continuar aprovechando el descanso de la marcha...

FRANCISCO MONZÓN.

CHINITA

Ya sé traidora enemiga que me tienes odio á muerte, pues sé leer en tus ojos lo mucho que me aborreces; mas, como el mundo te exige que ante él finjas que me quieres, el fingirme amores, es el castigo que mereces. Sigue odiándome, enemiga, y fingiendo ante las gentes que le basta á mi venganza los tormentos que padeces. Que entre palabras de miel vea yo brotar las hieles que tu corazón anegan y romper su cárcel quieren. Sigue odiándome, enemiga; pues si llegas á quererme, voy á tener que privarme del placer de aborrecerte.

VICENTE DÍEZ DE TEJADA.

HOJAS DEL CALENDARIO

La famosa hetaria de Atenas, Friné, conocida por «La Tespiana», un día pidió á su amante, el célebre escultor Praxíteles, una estatua de las mejores que hubiese hecho, como recuerdo de su amor.

—Elige—la respondió; pero Friné dejó pasar el tiempo hasta que una tarde que el artista estaba en su casa, entró un esclavo gritando con sobresalto que el taller se estaba prendiendo fuego.

—¡Ah!—exclamó Praxíteles,—estoy perdido si se ha quemado mi sátiro y mi cupido.

—Elijo el cupido,—interrumpió Friné.

Lo del fuego fué un ardor para conocer la obra que tenía el artista en mayor estima.

Eres como el caracol, que, después de la tormenta, saca los cuernos al sol.

Desde que perdí el dinero muy pocos me miran ya; sólo mi madre me mira... los bolsillos del gabán.

Marcha siempre recto sin detenerte á mirar si los que te siguen van rectos también.

A. R. MACÍAS.

Vas un día del año al cementerio á rezar en la tumba de tu esposo.

¡Así pagas los muchos que él en vida de novio te hizo el oso!

SUAREZ GARCÍA.

Que soy un melón, Simón dice, y aunque eso me irrita he de darle la razón, porque en mi interior habita lo mismo que en el melón mi Pepita.

SAMUEL GRAN.

Desde la que en tren pasea á la que pesca en ruín barca, cual tu, no la hallé más parca... ni más puerca ni más fea.

G. DE O. N

DEVOLVIENDO UNAS FLORES

¿Con que es cierto que esas flores *no me olvidas*, significan? ¡y me las das, dulce dueño! ¡me las das, niña querida, sabiendo como bien sabes lo que te ama el alma mía! Como á mí no me hacen falta ninguna, linda chiquilla, para estar siempre amando y adorarte de rodillas como á la Virgen del Cielo, como á la Virgen bendita, te las devuelvo rogándote que si tú las necesitas las guardes, ya que de ellas mi corazón no precisa para querer á su dueña, la más dulce, la más linda, la más gentil y elegante, la más graciosa y bonita que yo dejando la sal por donde quiera que pisan esos pies, que más que pies parecen dos almeñdras. La de los ojos azules, de los luceros envidia, que están diciendo «quererme», «amarme toda la vida», porque si soy tan hermosa soy más buena todavía.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

AL PÚBLICO

Reorganizados ya los trabajos de esta administración, que por consecuencia del traslado se vieron un tanto interrumpidos, rogamos á nuestros suscriptores que nos disculpen si han observado algún retraso tanto en el servicio de colecciones como de libros y números atrasados.

Si algún suscriptor no hubiera recibido el pedido hecho, rogamos que lo reitere porque pudiera haberse traspapelado el aviso.

También advertimos á nuestros lectores que en uno de los próximos números recibirán las cubiertas de *Prueba de amor* cumpliendo así nuestra promesa de regalar las portadas de todas las obras que publica LA BIBLIOTECA ILUSTRADA.

Imprenta de LA BIBLIOTECA ILUSTRADA

Calle de las Infantas, núm. 42.

ignorado rincón del mundo, cuya tranquilidad nunca turbada y cuya paz bíblica parecían convidar al reposo de las diarias luchas de la vida y á la recordación de más venturosos y bonancibles tiempos.

Hállase colocada Navarrubia (de cuya topografía hasta ahora no hemos hablado) en una situación por todo extremo pintoresca y agradable.

Asentada sobre las faldas de una montaña cubierta de gigantescos y añosos pinos, que hasta las primeras casas de la población se aproximan, con sus aires purísimos, manantial perenne de salud, de fuerza y energía.

Ciñenla por el Este y el Mediodía extensas y numerosas huertas, cuyos linderos están determinados por filas de frondosos y elevadísimo álamos, y al Oeste se extienden anchos y feraces campos de pan llevar, cubiertos de verde en la primavera, y por el verano de doradas mieses, entre las cuales entra en gran proporción el trigo candeal, gordo y rubio, cuya vista alegra el espíritu, cuya blanca harina es el principal y más nutritivo alimento del hombre.

En la parte Norte se eleva la montaña, de la cual desciende en locos y designales saltos un arroyo que lleva el nombre de Navalquejido, el cual, al llegar á la altura de la población, tuerce á la izquierda atravesando un amenísimo valle, cubierto de almeñdras, sauces, madreselvas y espinos, yendo después á fertilizar los campos y las huertas de la población.

Dos cosas notables hay, además de las descritas, en Navarrubia.

Es la primera las ruinas de un antiguo convento de

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

Hamlet.
Horacio.

tanto entre las damas de la corte que no son tan ricas ni tan hermosas como ella!

Solamente por la frecuencia con que se repiten los ejemplos de hombres, que habiendo predicado siempre la libertad y la democracia, son en su trato íntimo tiranos absolutos, y de otras personas que, apareciendo en sociedad desprecupadas, y hasta irreligiosas, son en el fondo creyentes y aun fanáticos; solamente teniendo en cuenta estos ejemplos, puede comprenderse que el buen D. Julián, partidario decidido, en teoría, de la igualdad de clases, pusiera todo su empeño y se hallase decidido á que su hija ingresara en una clase, que según él, era más elevada, aunque menos virtuosa, que aquella á que él mismo pertenecía, y en la cual se había educado Aurora.

Pero vaya usted á explicarse estas contradicciones del espíritu. Lo cierto es que existen, y que D. Julián era de ello una prueba fehaciente, ambicionando sin cesar un título nobiliario para su hija, á quien, sin embargo, consideraba superior, en mucho, á todas las marquesas y condesas de la corte.

Pocos días después de la anterior escena, partieron para Navarrubia, y allí quedaron instalados para cuatro meses; pues D. Julián, como su enemigo estaba lejos, no tenía prisa por volverse á la corte, ni afán de hacer viajes de recreo como en anteriores años había ocurrido.

Ambos, padre é hija, el uno por sus aficiones y costumbres sedentarias y la otra por el estado de su espíritu, encontraban más de su agrado la estancia en aquel

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

Hamlet.

Horacio.

ext. Rima, metro, verso, medida, consonancia. || pl. Melodías, armonías, modulaciones del estro, del canto, de la música; en el idioma poético.

Cadencioso, *sa*, adj. Lo que tiene cadencia, lleno de cadencia. armónico sonoro.

Cadenear, *a*. Medir con la cadena.

Cadeneta, *f*. Especie de labor, encaje ó randa que se hace con hilo ó seda en figura de cadena sutil, finísima, muy delgada. || Labor de los encuadernadores en la cabecera de los libros.

Cadenilla, *f*. Especie de cadena estrecha que se pone por adorno en las guarniciones.

Cadenita, dim. de *cadena* ó cadena pequeña.

Cadenón, *m*. aum. de *cadena*. Cadena grande.

Cadente, adj. Ruinoso, inseguro, lo que amenaza ruina, lo que está para caer ó destruirse etcétera.

Cadera, *f*. La parte lateral y huesosa del cuerpo humano, que cae ó corresponde sobre los muslos. || **CADERILLAS**.

Cadereta, *f*. Especie de órgano pequeño que se maneja con un segundo teclado para imitar y variar en él las voces del órgano grande. Suelen tenerlo los órganos de mayor magnitud.

Caderillas, *f*. pl. Especie de tontillo pequeño y corto que solo sirve para ahuecar la falda en lo correspondiente á las cadenas.

Cadetada, *f*. Acción ligera, irreflexiva.

Cadete, *m*. ant. El soldado noble que servía en algún regimiento, con opción de inmediata ascenso á oficial, asistencias señaladas y exención del servicio de mecánica. En el Cuerpo de guardias de Corps equivalía al empleo de capitán de Infantería. || Alumno de colegio militar.

Cadi, *m*. Título que dan los turcos y moros á los jueces que entienden en las causas civiles, y son como una especie de gobernadores.

Cadillar, *m*. El sitio que cría muchos cadillos.

Cadillo, *m*. Bot. Planta muy común en los campos cultivados, que crece hasta la altura de un pie. || *m*. pr. CACHORRO. || pl. Primeros hilos de la urdimbre de lana.

Cadira, *f*. ant. SILLA. || Olla pequeña.

Cadmia, *f*. Sublimación metálica.

Cadmio, *m*. Metal blanco azulado y brillante parecido á estaño.

Cado, m. pr. MADRIGUERA.

Cadoce, m. pr. GORIO.

Cadoso, m. Lugar profundo donde hace remanso el río.

Cadoz, m. pr. CADOCE.

Cadozo, m. CADOSE.

Caducamente, adv. m. DÉBILMENTE.

Caducar, m. Chochear por la mucha edad u otra causa. || Perder su fuerza un decreto ó documento. || fig. Arruinarse alguna cosa por antigua.

Caduceador, m. Rey de armas que llevaba en la mano el caduceo.

Caduceo, m. Vara delgada con dos alas extendidas y rodeada de dos culebras.

Cadúceo, m. CADUCEO. || *Caducidad*, f. Calidad de caduco.

Caduco, adj. Decrépito, anciano. Perecedero poco durable.

Caducuar, m. CADUCAR.

Cadunquez, f. Edad caduca.

Caecer, n. ant. CAER.

Caedizo, za, adj. Que cae fácilmente.

Caedura, f. Desperdicio en los telares.

Caer, n. Venir á tierra ó al suelo persona ó cosa; perder un cuerpo el equilibrio que lo mantiene derecho ó inclinado hasta el punto de dar consigo en superficie que lo detenga. || Desprenderse una cosa del lugar en que estaba. || Seguido de la prep. *de* y del nombre de una parte del cuerpo, venir al suelo y dar en él con la parte indicada. || Dar un animal en una trampa. || fig. Dejar de ser, desaparecer. || fig. Perder la prosperidad ó la fortuna. || fig. Incurrir en algún error ó daño. || fig. Minorarse, debilitarse una cosa. || fig. Perder el color su viveza. || fig. Ir á parar á distinta parte de la que uno se proponía. || fig. Tocar ó pertenecer á alguno. || fig. Estar situado en alguna parte. || fig. Corresponder un suceso á determinada época del año. || fig. Acercarse á su fin el sol, el día, la tarde. || fig. SOBREVENIR. || fig. y fam. MORIR. || Se usa con ciertos nombres como falta, desgracia, olvido, ect., y también con los adverbios debajo encima, etc.

Café, m. CAFETO. || Fruto del café. || Bebida hecha con dicho fruto. || Casa ó sitio público donde se venden y toman café y otros líquidos.

principal de algún sitio donde se reúnen varias personas, y en la que se colocan ó se sientan las más dignas ó de mayor categoría. || La parte donde se reclina la cabeza para dormir ó descansar. || Especie de respaldo que impide que se caigan hacia atrás las almohadas, si la cama está separada de la pared, ó que se rocen con ésta, si está unida. || El lugar más distinguido de una mesa, en el cual toma asiento el sujeto de mayor categoría, el cabeza de casa, etc. || Origen de un río. || Punto fuerte de un puente. || Capital de reino, provincia, etc. || Graba-do al principio de cada capítulo. || Los extre-mos del lomo de un libro. || ALMOHADA. || ant. Cabeza de un escrito. || ant. Testamentario. || ant. Oficio de albacea. || ant. Capitán de un ejército.

Cabecero, m. ant. Cabeza de casa, de familia, ó de linaje. || ant. ALBACEA. || Arq. Madero hori-zontal de la parte superior de un arco de puerta ó ventana. || Pieza de madera, coloca-da en el interior de las cajas de pianos, que sirve para sujetar el diapason. || adj. ant. Ca-becero.

Cabeciancho, **cha**, adj. Ancho de cabeza. Se aplica mas bien á las cosas que á las per-sonas, á las cuales, como clavos, etc., solo es aplicable en sentido familiar y burlesco.

Cabecilla, f. dim. de *cabeza*. || m. Jefe de una partida ó cuerpo de insurgentes, de rebeldes, etcétera. || Jefe de una partida de malhecho-res.

Cabedero, **ra**, adj. ant. Que cabe ó tiene ca-bida.

Cabellado, **da**, adj. ant. CABELLUDO. || *Blasón*. Cabeza *cabellada*, la cabeza humana cuyos cabellos tienen un esmalte distinto del color natural.

Cabelladura, f. ant. CABELLERA. || *Cabellar*, joc. Echar cabello ó ponerse postizo.

Cabellejo, m. dim de *cabellos*.

Cabellera, f. El conjunto de pelo que cubre la cabeza. Comunmente solo se toma por el pelo largo, y en especial por el que cuelga atrás ó á los lados. || El pelo largo postizo. || Poét. y Astron. Los rayos luminosos que sa-len de un planeta, á manera de cabellera pro-piamente dicha. || Poét. Las hojas y ramas largas colgantes de varios árboles, como los llorones. || Bot. El copete de hojas que coro-na varias plantas, como las ananas. || Espe-cie de flequillo que acompaña á las semillas de ciertas plantas, como sucede en las ascle-

piádias. || **MELENA**, || Astron. de *Berenice*, constelación formada por siete estrellas en la cola del León.

Cabello, m. Cada hebra de pelo que nace en la cabeza humana. || El conjunto de pelo de la misma cabeza. || pl. Especie de nervios que tienen los carneros en las agujas. || *Cabello de ángel*, especie de conserva hecha de cidra ó cosa semejante, dividida en unos filamentos más ó menos delgados que ofrecen alguna semejanza con cabellos enmarañados. fras. fig. y fam. *Asirse de un cabello*, aprovecharse de la menor circunstancia, valerse del menor pretexto para conseguir alguna cosa. || *En cabello*; mod. adv. Con el cabello suelto. || *Estar colgado de los cabellos*; fras. fam. Estar alguno con sobresalto, duda ó temores, esperando el fin de algún suceso.

Cabellos, **sa**, adj. Que tiene muchos cabellos. || ant. CABELLUDO.

Cabelludo, **da**, adj. Que tiene cabellera ó largo el cabello. || Bot. Epíteto que se da á las plantas y semillas que tienen unos filamentos á manera de cabellos. || Epíteto significativo de las partes del cuerpo donde generalmente nace ó se cría el pelo.

Caber, n. Poder contenerse ó tener cabida una ó más personas ó cosas en un espacio determinado. || fig. Ser á uno permitida la entrada ó permanencia en un lugar. || Tocar á uno por suerte, herencia, etc. alguna cosa. || ant. ADMITIR. || ant. Tener parte en alguna cosa ó concurrir á ella. || fig. *No caber duda*; no haberla, ser positivo, cierto. || fig. *No cabe más*; es cuanto puede ser, no puede ser más; ha llegado á su colmo ó adonde podía llegar. || *Es cuanto cabe*. **NO CABE MÁS**. || *Caber ó no caber en uno tal ó cual acción*; ser ó no capaz de ella. || *Todo cabe*; todo es posible, todo puede suceder. || *No caber en sí*; fr. tener mucha soberbia y vanidad. || Coger, por tener capacidad.

Cabero, m. El que echa astiles ó mangos á las azadas, etc. || adj. ant. Postrero y último.

Cabestraje, m. Conjunto de cabestros. || Agasajo á los vaqueros. || ant. Acción de cabestrar.

Cabestrante, m. CABRESTANTE.

Cabestrante, a. Poner los cabestros á las cañallerías. || m. Cazar con el artefacto llamado buey de cabestrillo.

Cabestrear, n. Seguir bien la bestia del cabestro.

Cabestrería, f. Taller de cabestros, jáqui-

Cabrero, a, adj. Lo perteneciente ó relativo á la cabra, lo que es propio de las cabras. || **Cabruno**, caprino, m. ant. **Cabrón**.
Cabrero, m. ant. **Cabrero**, por viga ó madero. **Cabría**, f. fam. Brinco, salto, pítueta. || **Das** poble de brinco moidito, artificio ó acom-
pasado, que dan los que bailan cruzando
varias veces los pies en el aire.
Cabría, ó **Cabría**, m. Dar, ejecutar,
ensayar ó hacer cabria. || **Cabría**,
Cabría, m. Especie de birlucho ó cómodo
bomba, fúculo para dos ó tres personas, por
lo común de dos ruedas, y con un solo ca-
ballo. || Especie de capote con mangas ó con
aberturas en los lados para sacar por ellas
los brazos.
Cabría, m. ant. **Cabría**.
Cabría, f. dim. de *cabra*.
Cabría, m. El que vende cabritos ó púes
de cabrito. || **Cabría**, f. La piel curada de cualquiera
animal, pequeño, como cabrito, cordero, etc.
Cabría, m. El hijo de la cabra cuando es
pequeño.
Cabría, m. adj. Lo relativo al cabrito.
Cabría, m. Cuadrúpedo rumiante, con cuer-
nos grandes, esquinados, nudosos, retorcidos
ó inclinados hacia atrás. || **Fig.** y fam. El ca-
sado que, á sabiendas, autoriza de algún
modo el adulterio de su esposa.
Cabría, f. y fam. La acción infame y
vergonzosa que permite alguno contra su
honra y decoro, no la persona de su mujer.
honra y decoro. Cualequiera inkomodidad grave ó
importante que hay pocióon de aguantar
debilidad de carácter, por falta de resolu-
ción, etc.
Cabría, m. ant. **Cabría**.
Cabría, m. dar *fila* al dale.
Cabría, m. pr. Acción y efecto de cabru-
narse.

Cabreante, m. Máquina utilísima para mover objetos notablemente ponderosos, así como en oficios de tierra, como en servicio de buques. Es una especie de cilindro fijo en una armazón de madera, de tal modo dispuesto que, empujados o sacados los hombres por las palancas que por la parte superior lo atraviesan, se le mueva alrededor, y á vueltas de él, como si fuera un eje, girando sobre sí mismo, y por otro á la pizca que ha de ser movida; con cuyo sencillo mecanismo rotatorio se obtienen colosales resultados. || Mar. Armar ó guarnir el cabrestante: ponerle las barras, y dar en el cuerpo de la máquina cuatro ó cinco vueltas con el virador ó con otro cabo de que haya de vitarse.

Cabreación, f. pr. Acción y efecto de cabrear. || pr. Aparar en los terrenos largos las flecos que pagan derechos.

Cabreave, m. pr. Apoe.

Cabria, f. El cilindro ó espiga redonda que se pone en el torno ó ejo de la rueda cuando se busca horizontariamente. || Máquina compuesta de unas vigas que forman un ángulo, en el cual se asegura una garrucha, y sirve para montar la artillería y la vanilar otros pesos más graves.

Cabrial, m. ant. Cabrio.

Cabrillo, m. pr. Madrestrava.

Cabrita, f. Es indígena de nuestros mares, por siete estrellas reunidas en el signo de Taurus. Denominas científicas y poéticas: *por siete estrellas reunidas en el signo de Taurus. Denominas científicas y poéticas:* y en la lengua vulgar, *las siete cabritas*, sobre lo qual hay algunas que otra frase vulgarista, no también, || pl. Mar. Las olas blanqueantes que forma el mar cuando empieza á soplar un viento fresco.

Cabrilleaz, a. Mar. Formarse, el pequeño oleaje que produce las cabrillas. Dicese habiendo un viento de ca-

brillar.
Cabrin, f. ant. La piel de cabra.

Cacerera, f. Canal de riego.
Caceres, m. y, adj. y s. De Cáceres.
Cacera, f. Caza entre muchos. || Pínt. Cuadro que representa una caza.
Cacerina, f. Bolsa de cuero para muntelo-
nes.
Cacera, f. Vasilja metálica para cocer y
y guisar.
Caceta, f. farm. Desepe de cazo.
Cacías, f. Mujer del cacique.
Cacizago, m. Dignidad del cacique. || Terri-
torio de un cacique.
Cacillo, m. Cazo pequeño.
Cacique, m. Jefe entre los indios. || fig. y
fam. Persona de viso y excesiva influencia
en un pueblo.
Caciqueria, f. Conjunto de caciques ó perso-
nas influyentes de un pueblo.
Caciquismo, m. fam. Influencia de los caci-
ques en los pueblos.
Cacimba, f. Hoyo que se hace en la playa
para buscar agua potable.
Caco, m. fig. Ladrón diestro. || m. fam. Horn-
bre apocado.
Cacofonía, f. Vicio que consiste en el en-
cuentro ó repetición frecuente de unas mis-
mas sílabas ó letras.
Cacofónico, ca, adj. Que tiene cacofonía.
Cacografía, f. Mala ortografía, ortografía
viciosa.
Cacomite, m. Planta mexicana.
Cacahueta, f. Med. Vicio de nutrición. ||
Med. Depravación de los humores.
Cacahuírico, ca, adj. Perteneciente á la
mía.
Cacahuí, m. y f. Que padece me-
lancolía y tristesa.
Cacafuete, adj. Bot. Aplícase á la familia
de los cacos.
Cacto, m. Planta de hojas carnosas. || Nopal.
Cacumen, m. ant. Altura, cumbre. || fig. y
fam. Agudeza, perspicacia.
Cacumí, da, adj. ant. Elevado.
Cacha, f. Cada una de las piezas que compo-
nen el mango de una navaja ó cuchillo. || pl.
Nalgas.